

## OLOR LOCAL

LAS CIUDADES tienen un color propio —esa nota singular que se ha llamado "olor local"— y tienen también un olor peculiar. En el recuerdo emergen como sensaciones, desde ese depósito oscuro y maravilloso que es la memoria. No se evoca Buenos Aires, París o Nueva York sin que se repitan en los sentidos esos signos directos que en la vista y olfato quedaron alguna vez, al paso, impresos. Lima tenía aroma de humedad, de flores finas, de incienso viejo, perfumes que, acordados al tono ópalo y translúcido de su cielo avaro del sol, al rosa vivo de los geráneos y al verde hondo de los ficus, procuraban la imagen de una estampa al agua, guardada en un arcón antiguo, como síntesis gráfica y olfativa de su realidad. Los edificios modernos en el corazón palpitante de bancos y comercios estós en la periferia arbolada, las urbanizaciones residenciales, aquéllos y sin fragor de urbe, no afectaron en nada la impresión de acuarela amizclada que poseyó nuestro oasis capital.

DE PRONTO una veta viviente fue hallada en la mina marina. Los cardúmenes de anchoveta que marchaban tras la ruta del río helado q' recorre nuestro mar viniendo del polo, se convirtieron en tesoro trashumante. Se lanzaron al mar lanchas y naves en pos de esa corriente pululante y la carga llenó las bodegas con el plateado relumbre de los pecillos. De ahí a la fábrica para devenir polvo, y de ahí, nuevamente, a los mercados internacionales para transformarse en dólares. Creció y creció la población pesquera, proliferaron las fábricas, se multiplicaron las divisas. Del mar surgió esta primavera de oro. Y como en la representación botticelliana, el mito de este nacimiento aéreo supo de la presencia de Eos, el viento, resoplando sus ondas gaseosas, su aliento aéreo.

Y EN ESA exhalación vino el precio de la opulencia, q' pagó puntualmente la ciudad. Los deshechos del animalaje sufrieron el proceso que la biología describe: la muerte de los cromosomas, la posesión de los tejidos por los gérmenes, las reacciones químicas cuyo anuncio la pituitaria humana reconoce como heraldo de la muerte. Y el aroma florido y pluvioso de Lima fue reemplazado por la indescriptible malolencia de las materias orgánicas destruidas. La acuarela limeña no tuvo ya el aroma del grabado celosamente retenido en la caja de roble de los recuerdos románticos, prenda de enamorados, fragmento de experiencias memorables. En lugar, esa ola de podre asoció campanarios dormidos, callejuelas de balcones corridos, avenidas de acacias y jacarandás, chalets de claveles, madre selvas y buganvillas, todo el color y la gracia, con la pútrida exhalación de la parca oceánica.

ALLI ESTAMOS: advertencias municipales, protestas parlamentarias, multas impetuosas, clamor general. Y la "putrina" —así lo ha nombrado Héctor Velarde— continúa. Reuniones de alcaldes, comunicados oficiales, arrestos de energía. Y la pérdida del olor local, desplazado por la pestilencia mortuoria, no cesa aún. Se me ocurre un verso de Vallejo como cabo de esta crónica subjetiva: "Pero el cadáver, ay, siguió muriendo..." Claro que el actualismo tiempo del gerundio podría ser detenido si hubiera un gobierno que gobernara.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY